

resuenan en el período helenístico-oriental; pero todos ellos, al manifestarse en el área histórica del occidente cristiano, adquieren inusitada plenitud.

El problema de Dios y del mundo, la idea del infinito, el alma y el mundo exterior, el ser y la vida, el individuo, el intelecto y la voluntad, son los grandes temas tratados en el libro de Heimsoeth, quien los examina a través del espíritu de los distintos pensadores de rango que ha tenido el Occidente desde S. Tomás hasta Nietzsche. Trabajo de formidable erudición, llevado a término con vigorosa seguridad y un acierto pleno.—E. G.

VIAJES

ITINERARIO DE LA INQUIETUD, por
Ricardo A. Latcham.

Los libros esperados mucho tiempo desencantan siempre un poco. En la nebulosa creada en torno a ellos por su autor, que diariamente nos da una noticia nueva sobre su contenido y sus caracteres, se fijan rasgos que luego la realidad se encargará de herir. Es muy raro que en estos casos la publicación del libro sirva para elevar nuestro juicio previo. Generalmente nos formamos sobre los libros en gestación ideas muy entusiastas, es decir, muy imprecisas. *Itinerario de la inquietud* (1) no es una excepción a esta particularidad.

(1) Editorial Nascimento. Santiago, 1931.

De las noticias que su autor nos proporcionaba íbamos coligiendo que este libro contendría tantas excelencias como páginas, si no más. La verdad es que es un libro curioso, alegre, hecho con cierta despreocupación de buen tono; parece haber sido redactado en instantes de muy diversa catadura, como marcaba el humor del viaje, y entregado a la prensa sin mayor pulimiento ni lima. Desde este punto de vista es un libro espontáneo, escrito como por un *amateur*, al cual le da tanto decir una cosa como la opuesta. La actitud del escritor profesional debe ser, como se comprenderá, muy distinta. Y Latcham, desde muchos puntos de vista, tiene que ser considerado como escritor profesional.

Si se quiere definir el estilo de este libro, habrá que decir de él que abunda en expresiones gratuitas; es decir, en relaciones antojadizas de vocablos, que podrían ser trastrocadas en forma absoluta sin que el sentido sufriera en lo más mínimo, y esto porque a menudo tales expresiones no tienen sentido alguno. En la página 59 el autor dice:

Mientras una *escarcha de alcoba* desgarró su intimidad, afuera el día da su ofrenda a los hombres y nos crucifica el instinto.

Del mismo modo que aquí se han unido las palabras *escarcha* y *alcoba*, se podrían haber juntado cualesquiera otras parejas de palabras: el resultado habría sido notoriamente el mismo. En la página 101 se ofrece una expresión

igualmente gratuita: el autor califica de «duras de silencio» a unas calles de Gerona. Se comprende que al decir *blandas del silencio*, la sugerencia—para el lector, se entiende; el autor tiene derecho a refutarla—será semejante o igual.

Esto es lo que llamo expresión gratuita y que podría llamarse también reversible. Pues bien, la definición del estilo literario justo y preciso es enteramente opuesta. Cuando se emplea una palabra se le debe dar en lo posible el significado que esta palabra tiene para todos los que hablan o escriben el idioma en que autor y lector se están entendiendo. Si no es así, se corre peligro de que el autor se quede sin lectores. Pero hay otro camino, y es el que ha usado el señor Latcham. No es que el autor de este *Itinerario* haya querido sugerir con las palabras exactamente lo contrario de lo que estas por lo común representan, sino que ha querido significar cualquier otra cosa. Es decir, nos encontramos ante un estilo apto para ser entendido de más de una manera, o bien... de ninguna, como ocurre con varias frases de las que aquí vamos encontrando.

Así ocurre en la página 122 («Por todas partes hay una captación de las cosas»); en la página 165 («El pasaje es escaso, pero exalta voces y quiebra sus alegrías en gestos extraños»); en la página 221 («El día devuelve el olor de la selva, densificado de espesor»), y en muchas otras que sería ocioso citar.

Se observa también en este libro

cierta vacilación en el autor cuando debe referirse a nociones científicas o históricas concretas. Al tratar de Montserrat leemos lo siguiente (página 68):

Una inteligente restauración del claustro, dirigida por el arquitecto Puig (1) y Cadafalch, lo reanima con la alada gracia del estilo romántico.

Si algo distingue al estilo románico de los demás estilos arquitectónicos es su pesadez, su falta de elegancia. Es difícil concebir nada más ajeno a la gracia del gótico—que sí puede ser llamada *alada*—que la macicez y grosería del románico. No, no es ni puede ser gracioso ni alado un estilo en que se combinan arcadas pesadísimas, columnas ventrudas y de fuste muy corto y puertas rectangulares casi cuadradas. A renglón seguido el autor confirma la impresión visual enteramente ajena al románico:

Arcos y pilares de una sencilla esbeltez y de una distinción pulida.

Sencillos sí; esbeltos no. Todos los elementos del estilo románico se confabulan para contradecir la afirmación del autor, que indudablemente ha querido referirse al estilo gótico o a una modulación peculiar del gótico producida por un arquitecto contemporáneo como Puig y Cadafalch.

(1) El autor pone Puich por Puig. Se comprende que es un *lapsus calami* producido porque ese apellido los catalanes lo pronuncian en la primera de esas formas.

Más adelante (Pág. 72) el autor escribe:

Yo, a pesar de mi apellido británico, tengo una partícula de sangre árabe, esto es, española. De ahí nace mi afición a meterme en los cafés y a descabezar el tiempo con tranquilidad *moruna*.

Para el señor Latcham, por lo citado, árabe vale moruno, y es la verdad que no hay tal. El pueblo árabe es un pueblo que se extendió y se extiende en el Asia Menor (Arabia Félix), mientras que el moruno es un pueblo que ocupa la parte norte y occidental del continente africano (Marruecos). Ambos pueblos invadieron la península española en los siglos medios y dominaron allí con sus respectivas culturas. Pero entre uno y otro hay considerables diferencias, del mismo modo que entre la dominación de cada uno hay una distancia temporal nada pequeña.

La lechuza, ¿es mamífero o ave? Posiblemente todos creamos de buenas a primeras que la lechuza es un ave como cualquiera, y que se multiplica por medio de huevos y tiene los demás caracteres propios de las aves. No parece que es así, sin embargo, si se leen las siguientes palabras en la página 209 de este *Itinerario*:

Mercedes fué iniciada en secretos infernales por Mama Camambura, que distinguía los destinos en los astros y colocaba parches milagrosos, hervidos en *leche de lechuza joven*.

El autor acoge aquí, como se ve, prácticas de hechicería, pero al

trascibir la extraña receta mágica de Mama Camambura no se cuida de hacer notar que él, como hombre culto que es, no puede tragarse esta leche de lechuza joven, no porque sea repugnante bebida, sino sencillamente porque no existe. La lechuza, como ave, no tiene leche, pese a los hechiceros de veinte generaciones.

Queda todavía por estudiar en la forma de este libro un gran número de imperfecciones, algunas relativas meramente a la sintaxis, otras atañederas a la lógica. El capítulo gramatical en el estudio de las obras literarias es el más enojoso y a menudo el menos fructífero. Los mismos escritores que leen un artículo en que se repara la gramática de sus colegas sonríen con cierta superioridad y parecen indicar con esta sonrisa que en sus libros no hay ni habrá jamás deslices de este género. ¡Cuántas veces hemos visto a Latcham mismo comentar jocosamente los dislates de más de uno de los escritores noveles que confunden lo negro con lo blanco y Europa con la Oceanía! Hoy le toca el turno a él, y debemos confesar que la experiencia es dolorosa, especialmente para los que somos sus amigos.

Nuestro escritor construye mal:

La sangre se aligeraba y su hervor se taja con la fría espada del amanecer» (Pág. 58); «Es la Palma pintoresca de los arrabales, de las calles con olor a marisco y a sudor con barniz de mugre y vías estrechas, donde se vacila y se tropieza» (Pág. 125); «Una, diez, cien» (Pág. 126); «Randa emerge en forma de dos cumbres, suavemente tornea-

das, y teniendo la prolongada
cuesta por base común » (pág. 131);
«Encierro moro y lánguido, que se
desea desflorar» (pág. 159); «Laten
los vicios que palidecen la faz de
los mortales» (pág. 169); «Nunca
siento idéntica desigualdad» (pág.
189), etc.

La concordancia, principio inflexi-
ble de acuerdo lógico, no siempre
es respetada en las páginas de
su libro:

Hay limoneros, naranjos, laureles
griegos vibrantes de ruiseñores y
por doquiera brota salvaje y libé-
rrimo el hinojo marino, la malva-
rrosa y la violeta tímida. (Pág. 145.)

Dejamos Miramar y a los veinte
minutos nos encontramos en la
aldea de Valldemosa, que atrae a
los turistas por su cartuja restau-
rada, en una de cuyas celdas vivió
Chopin y su amiga Dudevant.
(Pág. 146.)

El gran puerto se entrega con
una resonancia y un fragor que
recuerda a Amberes, Liverpool o
Barcelona. (Pág. 168.)

Bajo esas caparazones violáceas
y purpúreas vive la sal, el yodo
y el gusto del Mediterráneo. (Pág.
171).

La luz y la calma que han me-
nester los escritores de París no la
puede dar una ciudad tumultosa.
(Pág. 185.)

¿A qué seguir? Contar estas
cosas en un libro puede ser ocioso,
Hay sin embargo un principio de
lealtad más humana y cordial que
literaria que nos obliga a decir
esto. Conocemos desde varios años
al autor, y en su compañía hemos
reñido varias batallas interesantes.
Ideas comunes de renovación lite-
raria nos hacen ver en su actividad
bullente, en su dinamismo inquieto,

aliados fructuosos para la vida
de las letras chilenas. ¿Cómo cerrar
hipócritamente los ojos sobre estas
deformidades? Ninguna conside-
ración de amistad sería suficiente
para aconsejarnos esa actitud. Por
lo contrario, creemos hacer una
ofrenda a la amistad al decir clara-
mente al autor del *Itinerario de la
inquietud* que esta vez no ha acer-
tado en su camino y que por res-
peto propio, si el respeto al público
no es cosa que pese mucho en su
ánimo, debió haber aligerado su
libro de algunos de estos tan vi-
sibles errores.--*Raúl Silva Castro.*

POESIA

EL MIAJÓN DE LOS CASTÚOS (Rap-
sodias Extremeñas), por *Luis
Chamizo.*

Un libro de poesías que alcanza
una tercera edición en un medio
intelectual tan poco dado a la
verdadera poesía como es el español,
forzosamente habrá de ser algo
muy bueno, o... muy malo. Esta
afirmación aunque parezca pero-
grullada, tiene su razón de ser.
La repetición de la demanda de
poemas determinados puede indicar
un poeta de corazón que ha plan-
tado su fama y su personalidad en
medio del público lector, y tal
sería el caso de los hermanos Ma-
chado, poetas en todo el sentido
de la palabra y cuyas publica-
ciones han sido agotadas por
todos los públicos; como también
puede indicar, y este es el caso
más generalizado, la existencia de